

**HASTA**  
**EL ÚLTIMO**  
**ALIENTO**



JACK HILL

# Índice

[Primera Parte](#)  
[Segunda Parte](#)  
[Tercera parte](#)

## Primera Parte

### Capítulo Uno

Washington D.C.

Noviembre de 2006

Al salir de la DIA aquella tarde Sam Darden decidió que iba a hacerlo. Llevaba días sopesando la idea, calibrando los pros y los contras. La evaluación de las posibles consecuencias... Una vez que entrara en el consulado ruso ya no sería posible dar marcha atrás. Sobre él recaería el peso de la traición para siempre.

Sentado en su coche, a un par de manzanas de la calle Tunlaw, en Washington DC, repasó por última vez las posibilidades de generar más ingresos a la mayor brevedad. Necesitaba el dinero para que Michelle no lo abandonara. Ya no le quedaba familia o amigos a los que acudir en busca de un préstamo. O bien se negaban, o aún no se había satisfecho la deuda al completo.

Se dijo a sí mismo que era un traidor repetidas veces para comprobar el efecto que esa palabra tendría sobre él. Sintió un súbito acaloramiento, pero a continuación recuperó su pulso habitual. «Lo mejor es no pensarlo», pensó.

Tomó una pequeña libreta de la guantera del coche (una que llevaba para anotar cosas sin importancia). Con el pulso trémulo empezó a escribir tres nombres. Uno debajo del otro, sin coherencia más que el orden con el que acudían a su mente. Vasily Kampunkin, Barislov Tomasivec y Katerina Viskaya. Por el reverso escribió la dirección de su domicilio.

—Creo que no está mal para empezar —musitó.

Los tres eran los nombres de topos en el gobierno ruso. Con relativa frecuencia transmitían a su contacto americano las maniobras del FSB (el antiguo KGB).

«¿Cuánto debo exigir como contraprestación económica?», pensó.

Por desgracia, su posición negociadora se encontraba debilitada. Darden carecía de fiabilidad a ojos de los rusos. Ellos no desembolsarían nada hasta comprobar que la información era correcta. Y cuando eso ocurriera debería conformarse con lo que ofrecieran. Sin rechistar.

Sam rasgó el papel y lo dobló con mimo. Después de pensar en otros lugares seguros del traje, lo guardó en su cartera.

Por fin, abrió la puerta y se apeó del coche. Caminó con determinación durante dos manzanas. Era una tarde de esas con cielo encapotado. Washington se veía envuelta en esa desidia propia de la víspera del fin de semana.

Al pisar la calle Tunlaw el cuerpo de Darden se tensó. Aún estaba a tiempo de arrepentirse. Miró hacia todos los lados en busca de algo que se saliera de lo corriente. Siguió caminando a través de la solitaria calle sabiendo de que no podía mostrar ningún titubeo. A un lado se extendía un largo muro blanco rodeando el consulado. En el lado contrario, edificios de viviendas de dos o tres plantas. Debía comportarse con aplomo. Convencido del irremediable paso que estaba a punto de dar.

El consulado ruso era un edificio austero con numerosas ventanas. Carecía de concesión ornamental, casi como una fábrica. Una reja gris impedía el paso custodiada por un vigilante de seguridad. A su lado, una placa decía

«Consulado Ruso» y debajo el número de la calle. Darden se acercó. Luciendo su mejor sonrisa se dispuso a hablar con el hombre.

—Me gustaría hablar con el cónsul.

El vigilante asintió con la cabeza, como si fuese habitual la petición.

—¿Le están esperando? —preguntó examinándole de arriba a abajo con la mirada.

—No, pero creo que sé algo que les gustará saber —dijo mientras sacaba sus credenciales de la DIA del bolsillo interior del traje.

El vigilante, después de examinarlas, se retiró a la caseta para hablar por teléfono sin que Sam pudiera oír la conversación. Su corazón latía a un ritmo vertiginoso. Al cabo de un minuto el vigilante regresó.

—Puede pasar. En la entrada hay otro control de seguridad —dijo señalando con la mano la ubicación.

Después de franquear el arco metálico y de recoger sus pertenencias, se dirigió al mostrador. Una joven le miraba esperando que se acercara.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó ella en un perfecto acento americano.

—Quisiera hablar con el Sr. Popov.

—¿El cónsul le está esperando?

—No, pero es un asunto importante. Estoy seguro de que me recibirá de inmediato. Solo lo puedo hablar con él —dijo con cierta arrogancia.

—Está reunido, así que será mejor que venga otro día con cita —dijo la joven sin alterar el tono de voz.

—Hable con él, y dígame que dispongo de una información valiosa que seguro deseará oír.

—¿Su nombre?

—Solo se lo diré a él en persona. Por favor, es urgente.

La chica negó con la cabeza. Sin dejar de mirar a Sam, descolgó el teléfono y marcó una extensión. Dijo algo en ruso y alguien le respondió. Al cabo de unos segundos

colgó el auricular. Sam se apoyó sobre el mostrador, a la espera.

—Tendrá que hacer cita y venir otro día —insistió la joven.

—No dispongo de todo el tiempo para venir otro día. Además, vivo lejos.

Sam sacó la nota de su bolsillo y se la entregó a la joven. Hubiese preferido entregarlo al cónsul en persona. Pero escaseaban las alternativas.

—Dígale que es acerca de estos tres nombres —dijo señalando la nota.

La joven miró la nota y después a Darden. Sin mucha convicción, volvió a usar el teléfono y a hablar en ruso con su interlocutor. Mientras tanto, Darden miró a su alrededor. La decoración del vestíbulo —apenas un cuadro de la federación rusa actual— parecía atemporal. Al colgar el teléfono, Darden se giró para escuchar a la joven.

—Suba hasta la primera planta. Le están esperando —dijo la joven devolviendo la nota y señalando la ubicación del ascensor.

Darden obedeció sintiendo un cierto alivio. Mientras subía por el ascensor aspiró e inspiró repetidas veces. Ya no había marcha atrás. Sus manos le sudaban.

Las puertas se abrieron con un quejido metálico. Una mujer trajeada y con moño le estaba esperando. A través de un largo y luminoso pasillo Sam siguió a la mujer en completo silencio. Sentía su estómago pesado, como si no terminara nunca la digestión.

Al llegar a una puerta, la mujer se detuvo y se cercióró con una fugaz mirada de que Darden estaba listo. La abrió y le invitó a pasar asintiendo con la cabeza.

Lo primero que vio fue a un hombre de una edad similar a la suya escribiendo sobre una gigantesca mesa de madera. Detrás de él, la bandera de la federación rusa y un retrato enmarcado de Putin colgaban de una pared.

—¿Qué es lo quiere? —preguntó el cónsul Popov sin despegar la mirada de aquello que estuviera haciendo.

—Me llamo Sam Darden. Trabajo en el departamento de analítica de la DIA. Tengo información para usted —dijo colocándose en el centro del despacho.

Popov alzó la vista. Tenía la cabeza ovalada y sobre la frente le caía el flequillo. Su mirada era intimidatoria y le conformaba un aspecto de hombre de mayor edad.

—Lea estos nombres —dijo Darden enseñando la nota—. Son topes que trabajan para la CIA dentro del ejército ruso.

El cónsul mantuvo unos segundos en su rostro una expresión ambigua. Después observó cómo Darden dejaba la nota sobre la mesa.

—¿Por qué lo hace? —dijo el cónsul bruscamente.

—Por dinero.

El cónsul tomó la nota y la leyó por ambas caras sin modificar su severa expresión.

—Le llamaremos —dijo Popov dejando la nota en un cajón—. Si nos interesa...

—Para nuestra primera cita, esta será la forma en que nos pongamos en contacto. Pegarán una tira blanca en el buzón de mi casa, y nos veremos ese mismo día a las siete en un restaurante chino llamado Chinatown Express, en la sexta avenida.

—De acuerdo, como usted desee —dijo Popov, y volvió a enterrar la vista en sus quehaceres, ignorando a Darden.

Darden esperó alguna indicación más. Al no encontrarla, se dirigió a la puerta sin decir nada más. Desconcertado y sin saber qué pensar, salió del despacho.

## Capítulo Dos

En una fría mañana de invierno, Darden salió de su casa. Se acercó a su buzón para comprobar que sus ojos no le habían engañado desde la distancia. Procuró disimular. Mientras recogía las cartas se fijó en la tira adhesiva pegada a un costado. No podía ser fruto de la casualidad, sino de

alguien que a conciencia la hubiera dejado para él. Tal y como había especificado a Popov dos semanas atrás. Ahora solo debía afanarse en acudir al Chinatown Express a la hora acordada, justo después de salir de la DIA.

De vuelta a casa se arrepintió de todo. «¿Qué pasará si me atrapan?», se preguntó con nerviosismo. Solo de pensar en esa posibilidad el pulso se le aceleró y le tembló todo el cuerpo. La visión de sí mismo encarcelado le sumió en un estado de ansiedad y amargura. Decidió que no acudiría a su cita. La idea había sido descabellada. Encontraría otra forma de mantener a Michelle. De ofrecerle el nivel de vida que se merecía. «No soy un traidor. No soy un traidor», se dijo mientras desayunaba junto a su mujer.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Michelle en la cocina.

La voz de su mujer causó que Darden saliera de su ensimismamiento.

—¿Eh? ¿Por qué dices eso?

—Estás comiendo la tostada sin ponerle nada encima —dijo ella procurando aguantar una carcajada.

Darden comprobó que era cierto. Los pensamientos que bullían en su cabeza no dejaban de distraerle.

—Hoy tengo un montón de trabajo —se excusó mientras apretaba cariñosamente la mano de su mujer—. Creo que llegaré un poco tarde, ¿qué vas a hacer hoy?

—Reunirme con Dave y su equipo. Vamos a repartir folletos por toda la ciudad. A mí me ha tocado cerca del capitolio. Sam, ¿me estás escuchando? Tienes la cabeza en otra parte.

—Sí, sí... Perdona —dijo parpadeando, como si le costara concentrarse en ese preciso instante.

Diez minutos después, al volante de su coche Ford Edge enfilaba hacia la DIA. Su puesto de trabajo estaba situado en el sur de Washington, en el complejo militar llamado Anacostia-Bolling, a orillas del río Potomac.

La rutina de un analista empezaba como la de cualquier otro empleo. Nada más llegar, se invertían diez minutos para tomar un café y departir con los compañeros, tanto

con los de su propio departamento como con los de fuera. Era el momento idóneo para estrechar vínculos con aquellos con los que apenas se coincidía a lo largo de la jornada. Darden sabía la relevancia de disponer de amistades por todos los rincones de la DIA.

Aquella preciosa mañana de mayo, Darden se afanó en la tarea encomendada por el almirante, su jefe: sugerir los movimientos del ejército ante la más que probable reacción de la insurgencia iraquí, los sunitas y los chiítas ante la ejecución de Sadam Hussein. Un paso en falso y la vida de muchos soldados americanos correría un grave peligro.

Como primera medida, Darden había promovido una reunión con la alta jerarquía del ejército. La Casa Blanca esperaba su informe en 48 horas. No había un minuto que perder.

A pesar de que la reunión estaba programada a mediodía, se fue retrasando más de lo previsto debido a las agendas apretadas de los generales. Esto causó una gran impaciencia en Darden. El contacto del consulado le estaría esperando en Chinatown Express. Si no acudía, los rusos lo interpretarían como un gesto de poca profesionalidad.

Durante la reunión, que empezó al fin a primera hora de la tarde, Darden no cesó de mirar su reloj de pulsera. Esto causó alguna fugaz mirada de censura por parte del general Rolland sentado a su derecha. En cuanto finalizó la exposición de unas tomas aéreas de la frontera iraquí, Darden se incorporó para tomar la palabra.

—Caballeros, es el momento de dar por concluida la reunión. Tengo toda la información que necesito —dijo con las manos apoyadas sobre la mesa y mirando a todos los presentes.

Entre los generales cundió el desconcierto. Aún disponían de información valiosa deseosa de compartir. Apenas si llevaban reunidos cerca de cincuenta minutos.

—¿Está seguro? —preguntó uno de ellos.

—Absolutamente seguro —dijo Darden recogiendo los papeles amontonados en frente de él.

Sin tiempo para más, salió de la sala de reuniones. Fue directo a su cubículo en la séptima planta para dejar los informes y recoger sus objetos personales. Con el paso apresurado y el corazón acelerado, salió de la DIA en dirección al aparcamiento.

Al cabo de diez minutos se encontraba al volante del coche, reviviendo con nerviosismo las atónitas caras de los generales. No había sido un movimiento inteligente. Se recriminó no haber preparado un argumento más convincente para dar por terminado el gabinete.

Aparcó cerca del Jackey Café en la sexta avenida. Secándose el sudor de la frente con un pañuelo caminó hacia el restaurante. Al entrar y no ver a nadie, se llevó una gran desilusión. Miró de nuevo su reloj. Llegaba media hora tarde. A pesar de todo, tomó asiento para recobrar la respiración. El restaurante disponía de una pared espejo y la mayoría de las mesas eran para dos personas.

Un perro de la raza Jack Russell apareció de la nada. Comenzó a olisquearle los zapatos. Un año atrás Michelle había sido partidaria de adoptar un perro. Pero se había opuesto porque pensó que era otro capricho más de su mujer. Una vez que se aburriera, a él le hubiera correspondido cuidarlo.

—¿Le gustan los perros? —dijo una voz con acento americano pero con deje del este.

Intrigado, Darden alzó la vista. Un hombre de unos sesenta años con melena plateada y barba a juego, lo miraba con fijeza a través de unas gafas de pasta negra. Bajo el brazo acarreaba un grueso libro de tapa dura.

—No he podido venir antes —dijo Darden, percatándose de que el hombre no era un simple desconocido.

El hombre hizo un amago de carcajada. De su mano derecha colgaba la correa.

—Ya veo que no le gustan los rodeos —dijo tomando asiento frente a Darden. Vestía con elegancia, con un pañuelo al cuello.

—El tiempo es oro —dijo secamente.

El Jack Russell se puso a jugar hasta donde la correa le permitía.

—Hemos comprobado que la lista que nos dio es buena —dijo recolocándose las gafas con el índice—. Me han contado que las caras de los topos al ser descubiertos por nuestros camaradas fue muy cómica.

—¿Qué les van a hacer? ¿Los van a matar?

El hombre lo miró con una expresión de sorpresa.

—¿Tiene remordimientos?

Darden cambió de postura; la pregunta le incomodaba. Al darse cuenta de que no iba a responder, el hombre prosiguió.

—Si es algo que le preocupa, le diré que han sido encarcelados, por supuesto —dijo con una afable sonrisa.

No era el momento para remordimientos.

—Espero que sean agradecidos —dijo Darden deseando saber la cuantía de su premio.

—Claro, ¿por quién nos ha tomado? —preguntó el hombre fingiéndose ofendido—. Eso sí, nos gustaría hacerle una pregunta.

—Adelante.

—¿Esto va a ser un polvo rápido o quiere una relación estable? —preguntó sin mirarle.

Darden meditó la respuesta durante unos segundos.

—No lo sé.

El hombre asintió. A continuación dejó el libro junto a Darden. En la portada sonría Bill Clinton en primer plano. Se trataba de sus memorias.

—Espero que le guste la lectura —dijo el hombre con una irónica sonrisa.

En cuanto Darden tomó el libro en sus manos, percibió su ligereza. Le extrañó. Al abrirlo, descubrió que en lugar de páginas sobre la vida y milagros del expresidente, el libro estaba protagonizado por el insigne Benjamin Franklin y sus billetes de cien dólares.

—No es mucho —dijo Darden decepcionado.

—Son veinte mil. No pretenderá que vaya con un maletín, como en las películas. Habrá muchos más como

este, se lo prometo. Mañana tendrá un paquete en el buzón. Esté atento—dijo el hombre. Darden pensó en cuanto vale la promesa de un desconocido—. Tampoco deseamos que vaya usted cargado de dinero por Washington como si fueran golosinas. Digamos que la experiencia es un grado. ¡Vámonos, Niko! Espero que hasta la próxima, Sr. Darden.

El hombre se levantó de la mesa. Darden inconscientemente apretó el libro sobre su regazo. Miró a su alrededor con discreción. Antes de desaparecer por la puerta el hombre se giró e inclinó la cabeza.

—Ah, por cierto, mi nombre es Berkov.

### Capítulo Tres

Oficinas centrales de la DIA, Washington D.C.  
Abril de 2010

—Creo firmemente que usted es un topo, Sr. Darden—dijo Sebastian escrutando el rostro de la persona que estaba sentada al otro lado de la mesa.

Le gustaba empezar con rotundidad sus interrogatorios—a pesar de que a veces ni siquiera contaba con una prueba sólida. Apenas con una vaga denuncia de un compañero— porque resultaba inesperado para el sospechoso en cuestión. Y eso era un apreciable triunfo a las primeras de cambio.

Sam Darden abrió los ojos de golpe. Permaneció inmóvil por unos segundos. Una reacción que no pasó desapercibida para Sebastian. Guardó silencio para dejar que Darden supiera quien, a partir de ese momento, tomaba las riendas del interrogatorio.

—Pregúnteme lo que desee, estoy a su disposición—dijo Darden colocando los brazos sobre la mesa.

Esa fue la primera señal de alarma que Sebastian captó al instante. Gracias a su experiencia de quince años, le resultaba previsible que, ante cualquier acusación de esa gravedad, el interpelado reaccionara con ira. «¿Yo, un espía? ¡Cómo se atreve! ¿Qué le ha llevado pensar de esa manera?». Eran la clase de expresiones a las que un empleado inocente solía recurrir. Sin embargo, aquella fresca mañana de primavera, Darden no se mostró interesado en saber cómo Sebastian Daguerre había llegado a la conclusión de que era un topo. Y que, por lo tanto, era un hombre desleal a su país.

Sebastian registró el detalle en su memoria y decidió continuar con el guion preparado.

—Según consta en un informe que obra en mi poder, usted organizó hace un año una mesa redonda con el fin de debatir los daños que habían realizado las enormes filtraciones de los topos Jeffrey Bullit y Steven Dalby. ¿Es correcto?

—Sí —respondió al instante.

Sam Darden era un hombre de buena planta, de treinta y un años y de mirada penetrante. Alto y con el pelo cortado a modo cepillo. Sus gestos con las manos eran rápidos y bruscos.

—En esa mesa redonda usted exigió integrarse en varios grupos de reunión que estaban alejados de su departamento. Según comentó para establecer una cohesión interna. ¿Tiene algo que decir?

Darden carraspeó al tiempo que se llevaba una mano al cuello de la camisa, como si le apretase. Otro detalle que Sebastian registró en su memoria como detalle relevante.

—No fue una idea mía. Sí que lo organicé, pero salió de la oficina del almirante. Yo solo fui el encargado de ejecutar el plan previsto. Nada más —dijo alzando las palmas de la manos.

Sebastian garabateó unas palabras sin sentido en un papel. La respuesta del sospechoso resultaba convincente. Contaba con que el cazador de topos realizaría la labor de

comprobar la veracidad del hecho. Y la oficina del almirante contaba con demasiados empleados como pensar en una trama de espionaje a gran escala. Sebastian apretó los puños. Su mayor sospecha no era tan firme como pensaba en un principio.

La denuncia de que Sam Darden fuera un posible topo le había llegado a través de una compañera, Terry Ross. Le comentó lo extraño que resultaba que Darden solicitara con asiduidad integrarse en su departamento. Terry Ross se encargaba de evaluar las operaciones de la inteligencia rusa que podían interferir en los planes de Estados Unidos. Sam Darden se encargaba de evaluar las operaciones del ejército ruso que podían interferir en los planes de Estados Unidos. Estas acciones se integraban en departamentos diferentes.

Como de costumbre, por desgracia no se contaban con pruebas concluyentes de la traición como fotografías, vídeos o escuchas. La labor del cazador de topos se iniciaba con sospechas, rumores de unos compañeros sobre otros. En esa fase era un trabajo más de instinto que detectivesco.

Por lo que había podido averiguar acerca de Terry Ross, se trataba de una mujer de plena confianza, con condecoraciones y un ascenso imparable. Sebastian descartó que su denuncia fuera motivada por celos profesionales. De eso también se había encontrado algunos casos que, por suerte, fueron abortados desde el principio.

—Quiero que escriba una lista de personas con las que tiene un trato frecuente —ordenó Sebastian, proporcionándole una hoja en blanco y un bolígrafo.

Darden comenzó a escribir sin vacilación. Sebastian cruzó las manos sobre la mesa, en actitud de quien espera que su orden se cumpla a la mayor brevedad posible.

Al finalizar, deslizó la hoja hasta los dominios de Sebastian. Con el rostro imperturbable la leyó en silencio. Después dejó el papel a un lado y volvió a mirar fijamente al sospechoso.

—Quisiera también denunciar a un compañero —dijo Darden antes de que Sebastian tomara de nuevo la palabra—. Estoy convencido de que algo se trama, desde hace mucho tiempo lo veo...

Esa fue su segunda señal de alarma. Sebastian levantó una mano para que Darden interrumpiera su declaración. Mientras que un inocente estaría deseoso de ser el protagonista de la conversación, un culpable procuraría crear una cortina de humo, una distracción con el fin de que el cazador de topes se olvidara de él.

—En otro momento llegaremos a ese hombre —dijo Sebastian—. Ahora nos vamos a centrar en usted.

—Como quiera —dijo Darden recogiendo sus brazos y colocándolos bajo la mesa en actitud sumisa.

Sebastian fijó la vista en sus documentos por un instante y volvió alzar la mirada.

—¿Qué recuerda de aquel día, Sr. Darden, el 10 de julio de 2006?

—¿Del día de la mesa redonda? Pues... —respondió mirando al techo—. Nada especial, un día de trabajo como otro cualquiera.

—¿Todos los días se organizan mesas redondas con el alto mando del ejército americano? —preguntó con tono escéptico.

—No, pero me refiero a que es trabajo, al fin y al cabo. Recuerdo que nos tuvimos que cambiar de sala por culpa de unas goteras, y que el general Thorne no tenía una buena cara, quizá no había dormido bien la noche anterior...

Sebastian leyó uno de sus documentos. Acto seguido lo abandonó a un lado de la mesa.

—Según nos consta, en mitad de la reunión hizo una llamada telefónica... —dijo clavando la vista en el sospechoso.

—¿Yo? No recuerdo nada en absoluto —dijo encogiéndose de hombros.

Para Sebastian aquello fue una tercera señal de alarma. Darden recordaba una estúpida gotera, una posible